

operativa con que quiere la Iglesia que sean venerados los despojos de los santos. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

RELIQUIAS.

(CULTO DE LAS)

*Custodit Dominus omnia ossa eorum:
unum ex his non conteretur.*

De todos los huesos de ellos tiene el Señor sumo cuidado; ni uno solo será quebrantado.

(PSALM. XXXIII, 21.)

La Iglesia, no contenta con excitar á sus hijos á la meditación de la gloria de los santos, expone á su veneración las reliquias que nos dejaron acá en la tierra. ¿Y podrá sufrir la delicadeza de nuestro siglo ver en los altares cenizas frías, huesos áridos y carcomidos, vestidos rotos y apollillados? El destino de los cadáveres fué siempre el de ser consumidos por las llamas, ó escondidos en las entrañas de la tierra; nunca lo fué el de ser puestos á la vista de los hombres como objeto de su culto. Así hablan nuestros filósofos, y faltó poco para que se adoptase en alguna parte de Europa el proyecto sacrilego de sacar de las iglesias todas las reliquias de los santos, para ocultarlas á la vista y á la piedad de los fieles. Pero dejémosles discurrir y hablar como quien son, esto es, como enemigos de toda religión y de todo culto. Hablan mal de Dios, ¿y será de admirar que hablen mal de los santos? Lo peor es que la continua repetición de estas máximas perniciosas ha causado, aún en aquellos que se precian de buenos católicos, una cierta indiferencia y frialdad en venerar las reliquias de los santos, que nos hace temer que caigan muy presto en la misma impiedad. Bástales ver á un cristiano que manifieste un particular deseo de poseerlas, que las honre con devota y religiosa pompa, que ponga en ellas una razonable confianza; bástales esto, digo, para mirarle como un objeto de compasión y de risa, y tratarle, lo que ménos, y según sus más moderadas expresiones, de *supersticioso é ignorante*. Pero los ignorantes somos nosotros, que hemos perdido de vista lo que son aquellas reliquias, y cuál es el espíritu de la Iglesia en venerarlas. Examinemos pues esta materia con toda sencillez, y veamos si podemos lograr reflorézcan en nuestro corazón aquella fé viva y

4. Los libertinos, cuando combaten algun punto de religion, quieren hacer creer á los sencillos que han hallado y dicen cosas nuevas; pero examinando á fondo sus pretendidas novedades, se ve que, hejo el velo de nuevas formas y figuras, no hacen otra cosa que repetir las antiguas blasfemias. Hacia los tiempos de S. Jerónimo se levantó el hereje Vigilancio, y empleó su sacrilega pluma contra el culto de las sagradas reliquias; pero aquel insigne doctor, con su acostumbrada viveza y energia le combatió de tal suerte, que el hereje se dió por vencido y confundido. Cesó el error por algun tiempo; pero despues, en el siglo octavo, levantó su ponzoñosa cabeza, y por medio de los iconomacos, movió cruel guerra, no solo á las imágenes, sino tambien á las reliquias de todos los santos. Tuvieron aquéllos por caudillo á Claudio, obispo de Turin. ¡Qué horror! un obispo que no es sucesor de Pedro, y que presume representar por sí solo toda la Iglesia, no puede ser sinó un novador, un impío. En el segundo Concilio Niceno fueron condenados. Finalmente, en los tiempos más cercanos á los nuestros, los secuaces de Lutero, de Melancton y de Calvino se alzaron contra el culto de las reliquias, las hollaron, las redujeron á cenizas, las esparcieron al viento, é hicieron con los huesos de los santos lo que la natural piedad nunca permitió que se hiciese con los huesos de los que fueron solamente hombres. Toda la Iglesia congregada en el sínodo Tridentino, levantó un grito de anatema contra ellos, confirmó el dogma católico que prescribe la veneración de las reliquias de los santos, asegurándonos que su culto no es inútil ni pernicioso. Y advertid aquí de paso, como el error aparece y desaparece, muere y renace; solo la verdad católica permanece siempre la misma, y no puede sufrir variación. Desde aquel punto en que los primeros fieles, instruidos de los apóstoles, empezaron á venerar las reliquias de los santos, á orar sobre sus cenizas, á celebrar los tremendos misterios sobre sus sepuleros, desde aquel mismo punto hasta nuestros días, por una constante y no interrumpida tradicion, ha sido y será siempre un artículo de la fé católica, el que sus sagrados despojos sean un objeto de la religion y del culto. Salgan al campo los filósofos, y unidos con los herejes, burlen, mofen y empleen todos sus medios para abolir este culto; la Iglesia está siempre firme é invariable en sus dogmas, y no podrán jamás prevalecer contra ella todas las fuerzas del infierno.

Pero, finalmente, éstos están fuera del redil, son enemigos de la

Esposa de Jesucristo, son lobos, y muestran serlo; mas ¿qué diremos de cierta casta de teólogos que, guardándose muy bien de combatir directamente el dogma católico sobre el culto de las reliquias, esparcen tantas dudas y tanta desconfianza en el ánimo de la gente pia, que muchas veces se hacen más temibles que los herejes más desca- rados? Llenos de un falso celo en reclamar el rigor de una antigua disciplina, que estuvo siempre sujeta á variación, no se avergüenzan de debilitar y destruir los dogmas antiguos, que fueron y serán siem- pre inmutables. ¿Y quién nos asegura, van diciendo, que estas reli- quias son verdaderas reliquias de los santos que veneramos? ¿Quién nos lo asegura? La Iglesia misma, que las venera en el cuerpo de sus pastores; las propone para que las veneren á sus hijos. No omite la Iglesia las más provechosas providencias para asegurar su identidad; ¿y nosotros seremos más cuidadosos, más avisados, más advertidos que lo es la Iglesia de Jesucristo? ¿Y Dios nos imputará á delito el que seamos obedientes á la Iglesia católica? ¡Ah! que el pueblo, re- plican éstos, corre gran riesgo de poner en las reliquias de los santos toda su confianza, hasta olvidarse de Dios; y hé aquí una horrible superstición. Esta palabra superstición, en boca de nuestros filósofos y de los falsos teólogos que les favorecen, ha llegado á ser en nues- tros días como una especie de palabra mágica. Se quiere aplicar á todas las devociones exteriores, y no se ve ó no quiere verse, que es este el camino más breve para no tener religion alguna. El venerar las reliquias, y muchas otras prácticas del culto exterior, aprobadas por la Iglesia católica, no son, es verdad, la religion esencial, pero son como el vallado de la religion esencial. Derrribad el cerco de una viña lozana y fecunda, la vereis bien presto devastada y hecha el ju- guete de las bestias del campo. Se pierde hoy aquella estimacion re- ligiosa que hemos de tener á las reliquias de los santos; mañana se abandona la devocion de la Virgen; insensiblemente se miran con indiferencia todos los actos exteriores del culto, y poco despues se llega al fatal estado de no creer en Dios. ¡Supersticion! ¡supersticion! Halladme en todo el orbe católico la mujer más sencilla que tenga una leve tintura del Catecismo, y no diga que Dios es infinitamente más grande que los santos, que Dios solo ha hecho los santos, que solo Dios concede las gracias por intercesion de los santos, y que cuando Dios no quiere, los santos nada pueden. Con estas ideas, ver- daderamente inseparables de las primeras luces de la razon y de los primeros elementos del cristianismo, ¿cómo venerando las reliquias de los santos, puede haber tanto riesgo de caer en la supersticion? Ea, abandonemos á los enemigos de las sagradas reliquias, abando-

nómosles á sus extravagantes delirios; yo estoy impaciente para vol- verme á vosotros, y con el fin de solidar vuestra devocion, ponerlos en claro cuan piadosos, razonable y justo es el culto que la Iglesia católica prescribe á las santas reliquias. Y permitidme aquí que abandone un tanto la sencillez de mi estilo para adaptarlo, si es posi- ble, á la nobleza y grandeza del asunto. Estas reliquias ¿que fueron? Estas reliquias ¿qué serán?

2. ¿Qué fueron? Fueron miembros de Jesucristo. Si nuestro Señor hubiese unido á la persona del Verbo solamente el alma humana, serian miembros suyos solamente nuestras almas; pero porque quiso realmente tomar el alma y cuerpo, de aquí es que nues- tros cuerpos han llegado á ser miembros suyos. Moró Jesucristo en los miembros de los santos como hijo en su casa: *Tanquam filius in domo sua, qua domus estis vos* (HEB. III). ¿y quereis ver las pruebas? dice el Apóstol (I Cor. xii). Estos huesos, estas frias cenizas que nos propone para venerar la Iglesia, fueron los instrumentos, fueron las armas de Jesucristo. Con ellas peleó y venció, ya la dureza de la Sinagoga, ya las locuras del gentilismo. Con ellas habló, y con admiracion del universo su voz llegó á las gentes más dispersas y dis- tantes. Con ellas obró, y por su medio en todas partes fué recibida y abrazada la santidad del Evangelio. ¿Quién pudo jamás resistir á las abrasadas lenguas de tantos apóstoles, á las rigurosas penitencias de tantos ansterisimos confesores, á la imaculada pureza de tantas vir- genes? Cayó á su vista, cayó aterrada la idolatria, huyó desmentido el error, mudaron de semblante las costumbres, y del oriente al oca- so, la Iglesia vencedora tomó posesion del universo. Obras todas de estas sagradas cenizas, ó por mejor decir, obras todas de Jesucristo, que vivía maravillosamente en ellas, *tanquam filius in domo sua*. ¡Adorables cenizas, amados despojos de los santos! Siento en mi in- terior la voz de mi fé, y quisiera imprimir ahora tiernisimos ósculos sobre el polvo de tantas lenguas que á manera de rayos arrojaban los demonios, que curaban las enfermedades, y limpiaban al mundo es- parciendo en él celestiales semillas de la más sólida verdad: tiernisi- mos ósculos sobre el polvo de tantos corazones, á quienes ni la des- nudez, ni las espadas, ni el hambre, ni la sed, ni la ignominia, ni los tormentos pudieron jamás separar de la fé de Jesucristo: de tantos corazones tan dilatados que se extendieron á reinos y provincias en- teras, á pueblos y gentes por sus costumbres bárbaros, por su mu- chedumbre innumerables, y las instruyeron todas en la más sublime filosofia. Pero ¿qué necesidad tengo yo de enumerar y recorrer las reliquias de nuestros santos? Fueron miembros de Jesucristo; vivie-

ron con la vida de Jesucristo, que habitó en ellos como en su morada, y aún más, expresaron también vivamente en sí mismos el sacrificio de Jesucristo.

Fué Jesucristo la primera y la sola víctima digna de Dios, y por esto la llamó el Salmista por excelencia sacrificio de justicia: *Tunc acceptabis sacrificium justitiæ* (PSALM. L.) *quo Christus se obtulit qui justus est.* (D. THOMAS IDI), como lo explica Sto. Tomás. Fueron los santos víctimas secundarias, y en tanto dignas de Dios, en cuanto fueron solícitos en exprimir en sí mismos las pasiones de la primera gran víctima que sola podía avalorar el sacrificio de sus siervos. *Tunc acceptabis sacrificium justitiæ*, este es el sacrificio de Jesucristo: *oblaciones et holocausta*, este es el sacrificio de los santos. Pero estos dos sacrificios no podían ejecutarse sino en cuerpo pasible y mortal, y por esto el Verbo divino, ya en los primeros crepúsculos de su concepcion humana, vuelto á su Padre, le habló así: «Tú me adaptaste un cuerpo para ser sacrificado, hé aquí que vengo: *Corpus autem aptasti mihi, et dixi, nunc venio.*» Se sacrificó Jesucristo en la muerte y en los dolores de la cruz: se sacrificaron los santos copiando en sus miembros esta muerte y estos dolores; algunos macerando sus carnes con prolongadas vigias, con extenuados ayunos, con la celosa custodia de una difícil virginidad, y fué sacrificio de confesor y de virgen; otros deshaciéndose por la caridad de sus hermanos en la interpretacion y predicacion, en escribir y en enseñar, en resistir y en contradecir, en las lágrimas y en los sollozos para ganar una alma sola, y fué sacrificio de sacerdote y de obispo; y estas son las oblaciones: muchísimos, finalmente, en ofrecer sus miembros á los patibulos, á las segures, á las bestias y al fuego por confesar á Jesucristo, y fué sacrificio de mártires; y estos son los holocaustos: *Sacrificium justitiæ oblaciones et holocausta*. Jesucristo resucitó glorioso, y llevó consigo aquellos miembros santísimos que habia sacrificado á su eterno Padre. Los santos no han resucitado todavía, y tenemos con nosotros aquellos mismos miembros que fueron ofrecidos en sacrificio al Señor. Hostias vivas, hostias santas, hostias agradables y acceptas á Dios. ¿Y no las haremos objeto de veneracion y culto? Vivieron con la vida de Jesucristo, y se sacrificaron con el sacrificio de Jesucristo pasible y mortal; y sabed que estas mismas reliquias han de revivir bien presto con la vida de Jesucristo inmortal y glorioso. Visteis lo que fueron: ved ahora en pocos rasgos lo que serán.

Resucitó Cristo, dice el Apóstol, como primicias de los que han de resucitar: *Christus resurrexit á mortuis, primitiæ dormientium.*

Cristo, en primer lugar, y despues de los santos que pertenecen con mayor intimidad á Cristo: *primitiæ Christus, deinde qui sunt Christi*: y con esto será todo acabado: *deinde finis*: porque en las almas y en los cuerpos de los justos, presentará al Padre cumplido, santificado y glorificado su reino: *cum tradiderit regnum Deo et Patri*. Todos resucitarán, es verdad, pero no todos serán mudados. Solos los miembros de los santos resucitarán para vivir con la vida gloriosa de Jesucristo. Vivirá su cuerpo por medio del alma, y el alma, por medio de la incommutable verdad, que es el único Hijo de Dios: así el cuerpo mismo vivirá con la vida del Hijo de Dios. Estas sagradas cenizas, que parecen ahora tan viles á los ojos del mundo, serán miembros del Hombre Dios sentado en su gloria; miembros en cierto modo espirituales: *resurget corpus spirituale*: espirituales por la claridad y el resplandor, por la agilidad y sutileza, por el dominio y por la virtud, á quienes todas las cosas materiales obedecen. Vivir con Dios, vivir de Dios, vivir en Dios. ¡Oh vida incomprendible! ¡oh eterno colmo de gloria reservado á estas reliquias! gloria que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazon humano pudo comprender! ¿Y por qué van con tanta lentitud las estaciones y los siglos dilirriendo la llegada de esta gloria? Las mismas criaturas irracionales, á la presencia de estas benditas cenizas, dan fuertes gemidos y profundos suspiros para apresurar el instante de su resurreccion: *Omnis creatura ingeniscit et parturit, revelationem Altorum Dei expectat*. Pero no tardará ya mucho la hora deseada. ¡Qué espectáculo dejúbilo y exultacion veremos en aquel día! Veremos en un instante, al sonido de una trompeta, salir de debajo de los altares, no ya los huesos y cenizas, sino los vivos y gloriosos despojos de los santos, y elevados en el aire ir al encuentro del Señor.

¿A dónde estais, soberbios filósofos que intentais todos los medios para abolir en la Iglesia el culto de las reliquias de los santos, hasta hacerles objeto de huria y desprecio? Sabed de una vez para siempre, que todo nuestro culto empieza por Dios, y no acaba sino en Dios. Hijos míos, no os dejéis seducir de sus blasfemias. Quieren borrar de vuestro espíritu uno de los mayores objetos de nuestra fé, arrancaros del corazon uno de los principales apoyos de nuestra conlianza, quitarnos uno de los más poderosos medios para nuestras espirituales y temporales dichas. Los santos en el cielo no pueden ser ingratos con quien venera sus reliquias acá en la tierra.

¡Gran Dios, celador y guarda de estas bienaventuradas cenizas! volved á ellas vuestros ojos, y miéntras los santos deponen sus despojos al pié de vuestro augusto trono, aplacaos sobre la muchedumbre

de vuestras iniquidades. Son despojos de mártires que los bañaron en la sangre de nuestro Hijo; son despojos de vírgenes que siguieron de cerca al Cordero inmaculado; son despojos de confesores clavados en su cruz: son despojos de obispos á quienes encargaste una grey, que es una grey vuestra. Ved, Padre celestial, si son estas las túnicas de vuestros hijos. Es verdad que los devoró una fiera cruel, que fué la muerte; pero habrá de retornarlos bien presto, á su despecho, para que revivan á la vida gloriosa de Jesucristo. ¿Cómo podrá dejar de moverse el Señor á vista de tantos objetos, que lo son de sus nobles complacencias? Vosotras, ¡oh venerables reliquias de los santos! levantaos, y aceptando benignas aquel culto que os rendimos, rogad á Dios que nos mire con ojos compasivos. Bendecidnos á todos, y alcanzados las gracias que necesitamos para practicar las virtudes y merecer el premio que está preparado á los que imiten á los santos, premio que os deseo á todos.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

RELIQUIAS DE LOS SANTOS.—Nos merecen grandes gracias cuando las honramos con el espíritu de la Iglesia.

Nos prestan grandes auxilios cuando las llevamos con confianza.

Nunca nos son más saludables que cuando nos hacen amar las virtudes que les atraen la veneración.

RELIQUIAS DE LOS SANTOS.—La Iglesia las expone con honor como los triunfos de la vida penitente.

Las debemos contemplar con gozo como las armas de la vida gloriosa.

REMORDIMIENTOS; véase: **CONCIENCIA** (*sus remordimientos*).

REPROBACION Y REPROBADOS; véase: **ESCOGIDOS**.

REPUTACION.

(SUS ILUSIONES Y PELIGROS.)

*Curam habe de bona nomine.
Ten cuidado de tu buena reputacion.*

(ECCLES. XLII, 15.)

El Espíritu Santo nos aconseja que procuremos adquirir y conservar una buena reputacion. Este consejo entendido como debe entenderse, está fundado en muy sólidas razones. Porque ¿qué es, segun la Escritura, y en que consiste la buena reputacion? En ser cada uno irreprochable segun su estado; esto es, estar exento de ciertas faltas que oscurecen el nombre, desacreditan la persona, y la hacen indigna del comercio y trato de los hombres de bien: en ser tenido en la opinion de todos por hombre de probidad y de buenas costumbres, por hombre justificado, recto y fiel; por hombre de entendimiento y de juicio, capaz de cumplir con las obligaciones de su empleo, de su oficio y de su ministerio; y para decirlo en dos palabras, por un hombre de bien segun el mundo, y un hombre cristiano segun Dios. Es muy importante ante todas cosas el tener una reputacion sana y sin mancha alguna que la oscurezca; porque muchas veces va en ello la gloria de Dios y el honor de la religion que profesamos; porque de ella depende nuestro propio interés y el aprovechamiento personal; porque vá en ello la utilidad del prójimo de que estamos encargados y en cuyo provecho nos empleamos.

En efecto, no hay cosa que sirva más para glorificar á Dios y ensalzar el honor de su culto, que la estimacion que se hace de los que le sirven, y la edificacion que se saca de sus ejemplos. Por esta razon encomendaba tanto á las fieles el principe de los apóstoles S. Pedro, que guardasen una conducta regular entre los gentiles, para que, aún estando tan preocupados contra nuestra santa ley, examinando nuestra vida y no hallando en ella sino mucha edificacion, den gloria á Dios y tapemos la boca á cuantos quisiesen hablar mal de nosotros. Sin una reputacion libre de toda censura, es casi imposible sacar al-

gun fruto del prójimo; pues no le podemos sacar sino en cuanto él nos defiere su creencia, y no la deferirá sino cuando esté ciego de nuestra reputacion. ¿Cómo inspirará un padre á sus hijos el horror al vicio, si ellos son testigos de vista de la vida desarreglada y de los desórdenes de su padre? ¿Cómo un predicador persuadirá la humildad á su auditorio, si es conocido por un hombre vano, hinchado y soberbio? Del mismo modo podríamos discurrir en otros asuntos.

Además de esta buena reputacion, hay otra que llamamos de ordinario gran reputacion. La buena reputacion no satisface á las almas ambiciosas y soberbias: aun les falta alguna cosa que contente á su hinchazon y lisonjee su vanidad. Una buena reputacion nada tiene en el fondo que nos distinga mucho; porque es comun á una multitud de gentes de razon entre quienes vivimos, y cuyo número no es corto en la sociedad humana. Estos son unos hombres regulares; y lo que muchos quieren es, que se diga de ellos: este es un grande hombre, un gran magistrado, un gran político, un gran escritor, un grande orador y un gran predicador; nombres fastuosos, y cualidades brillantes que destumbran. Pues yo pretendo hacer ver que en estas grandes reputaciones hay una grande ilusion las más veces; que aun cuando sean justamente adquiridas, como lo pueden ser algunas de ellas, á lo ménos hay mucho peligro y muchísimo que temer que, en fuerza de los sentimientos que inspiran, sean mucho más perjudiciales que ventajosas y gloriosas. Os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

4. Si examinamos bien sobre que se fundan estas reputaciones que hacen tanto ruido, hallaremos que por la mayor parte no tienen más fundamento que una casualidad, la circunstancia favorable de los tiempos, la falta de competidores de mérito, el capricho y mal gusto del público, algunas exterioridades especiosas acompañadas de demasiada confianza y presuncion; algunos socorros de amigos encubiertos; la distincion de la cuna y la familia; la inclinacion, el favor, y particularmente los tratos indignos y ocultos. No intento ofender á nadie, ni quiera Dios que tal haga: hablo en general; y así, el que quisiere hacer alguna aplicacion odiosa no debe imputármela á mí, sino á su mala intencion. Hecha esta protesta de mi parte, sin entrar en particularidad alguna, vuelvo á mi proposicion, y pregunto con la mayor sinceridad: ¿cuántos hay de éstos, al parecer grandes hombres, que deben toda su reputacion á un suceso en que una feliz aventura tuvo más parte que su ingenio y su habilidad? Pues aquel se ha hecho célebre en la guerra por una victoria que ha ganado, ó por mejor

decir, que otros por él y en su nombre han conseguido. A él se le atribuye porque tenia el mando, y así él se lleva la palma sin haber tenido parte en el trabajo, ni haber corrido el menor riesgo.

Lo mismo sucede en el manejo de las dependencias, en las magistraturas, en la administracion de justicia, en las letras y en las ciencias, así divinas como humanas: lo mismo lo que no pudiera creerse si no nos lo dijera la experiencia, en el ministerio evangélico, en la direccion de las conciencias, en la práctica de la perfeccion y santidad cristiana. Aquel es tenido por un hombre de espíritu superior, sábio y prudente en sus empresas, sólido en sus designios y justo en sus medidas. Sale bien con sus proyectos, y como es ordinario el juzgar por los sucesos, de esta casualidad le viene su grande reputacion, y no cesan de aplaudirle y ensalzarle. Pero estas luces tan puras, estos designios tan rectos, estas medidas tan justas, quizá no salen de él, sino de algunos amigos que consulta, de algunos subalternos en quienes confia, los cuales secretamente, y aun algunas veces sin que él mismo lo entienda, le dirigen en todos sus pasos y le ilustran é imponen en lo que ha de decir y hacer. Otro se hace escuchar como un maestro; tan altamente le parece estar instruido en las ciencias y versado en todo género de erudicion: le ponen entre los sábios de primer orden; y lo cierto es que no hay materia alguna en que no se explique de un modo que tira solo á engañar: digo á engañar, porque todo aquel aparato de doctrina no es por lo comun más que una bella superficie, bajo de cuyas apariencias hay mucho vacío y muy poca sustancia. A fuerza de saberlo todo, ó querer saberlo, sucede muchas veces que nada saben; y sin embargo, se hacen valer, y se adquieren una gran reputacion por la facilidad que tienen en explicarse, y por una abundancia de palabras inagotable, por un tono decisivo y confiado, que al parecer no permite la menor duda y previene todas las dificultades; valiéndose de una multitud de términos, de nombres, de discursos, de hechos, que apenas pueden ser contradichos, porque la mayor parte de los que los oyen no los entienden, y no hallándose en estado de conocer su flaqueza, se hacen adoradores de lo que ignoran.

¡A lo ménos si estas gentes tan preconizadas entrasen dentro de sí mismas y se hiciesen alguna justicia, reconociendo de buena fé lo inferiores que son á lo que se piensa de ellos, y cuán superior es á su mérito su reputacion! Esto haria en ellos la humildad; y aun sola la equidad natural (si la consultasen) no les dejaria moverse tanto de los aplausos que reciben. Si no siempre estaban obligados á resistirlos en lo exterior, declarándose por indignos de ellos, á lo ménos lo co-

nocerian así en su interior; y aún los harían servir para su confusión, bien léjos de vanagloriarse de ellos; porque conocerían lo poco que los merecían y cuán grande era su ilusión. Y aún adelantarian más, porque si quisiesen hacer comparación de sí mismos con otros de mayor mérito que están arrinconados, conocerían que no siempre son los verdaderos méritos los que hacen más ruido en el mundo. Los honrarian hasta en su abandono, los respetarian y se guardarían bien de despreciarlos ni en lo más mínimo, ni de arrogarse una superioridad que conocen no deben pretender sobre ellos. Tales son, digo, las disposiciones en que deberían hallarse; pero por la ceguedad y embeleso de nuestra soberbia sucede todo lo contrario; y este es, además de la ilusión, el peligro de una gran reputación.

Un hombre se deja engañar de su fortuna porque no examina cómo ni por qué medios la ha logrado; y pone poco ó ningún cuidado en saberlo, y aún se complace en ignorarlo. Goce de su reputación, bien ó mal adquirida, logre y guste sus frutos, que esto le basta. Y lo peor es, que aún llega á persuadirse con facilidad, que en efecto hay en su persona alguna cosa que le ensalza y le distingue de los demás. Lo oye decir tan comunmente y se complace tanto en que hablen de él en ese tono, que no le cuesta la menor dificultad el creerlo. De aquí nace el remirarse tanto á sí mismo y las complacencias secretas en que gusta mantenerse. De aquí nacen las altiveces de espíritu, el aire impetuoso, las palabras secas y desdenosas. Por esto se lisonjea que procurarán muchos conservar su amistad, que le tratarán con atención, y que en su comunidad le concederán algunos privilegios, porque hace honor al cuerpo y es uno de sus primeros ornatos. Por esto no puede sufrir que en el mismo empleo y en las mismas ocupaciones haya quien se atreva á igualársele; y aún extraña que emprenda alguno hacer lo que él, queriendo que no se hable de otro sino de él, y teniendo de los demás celos que él excita en los demás. ¡Oh hijos de los hombres, que vanos sois buscando la vanidad! Advertid que hay mucho error y engaño en lo que solicitais con tanto ardor.

2. Pero esto no mira solamente á las grandes reputaciones que, como llevo dicho, están mal fundadas, sino aún á aquellas que más justa y sólidamente están establecidas. A la verdad, hay algunas de éstas, porque hay algunos hombres singulares y raros que con razón se llevan los aplausos de todo el mundo, y á quienes la misma envidia está obligada á rendir una especie de vasallaje con su silencio y estimación, y se humilla y calla en su presencia, sin atreverse á hablar una palabra. Hablan de ellos por todas partes y en todas les reciben

con agrado; grandes y pequeños, todo el mundo muestra tenerlos respeto y veneración, y por esto mismo están expuestos á la misma tentación que los otros; y aunque algunos por su buen natural y entendimiento se preservan quizá de este peligro, son muchos los que caen en él y se rinden á tan grave tentación. Y hablando con realidad y diciendo las cosas como son en sí, lo mismo es tener una grande reputación que estar en una gran fortuna: y es igualmente dificultoso el mantener una y otra sin olvidarse de sí mismo, porque cuando una persona se vé en cierto grado de elevación y distinción, le parece que ha sido trasformada de repente en nuevo hombre: desde entónces tiene pensamientos, aficiones y sentimientos diversos de los que tenía ántes, y su conducta es opuesta en un todo á la que hasta entónces había tenido. Antes era un hombre tratable á todos, acomodado á todos, urbano y cortés con todos, y familiar con sus amigos; pero como se mudaron los tiempos, se mudó también su voluntad. Llegó á ser ya hombre de mucha importancia para que quiera mantener en adelante tales amistades y conexiones. Ha tomado vuelo más alto y no se acompaña sino con los grandes, á imitación de los fariseos, que se apartaban del pueblo y decían á todos los demás: *Haccos allá*. Y aunque no lo dice de palabra, ni con un modo tan grosero, lo dá bien á entender con un semblante frío y compuesto, con una reserva afectada, con una conversación seria y con otros mil ademanes y figuras que se dejan conocer á primera vista. ¡Lamentable flaqueza, de que se dejan llevar aún las mayores almas! No hay veneno más sutil que la soberbia; pues corrompió en el cielo hasta las más sublimes inteligencias, y no debemos admirarnos que pueda pervertir en la tierra aún á aquellas almas que por otra parte están mejor constituidas y son más firmes.

Pero todo esto sería en algún modo tolerable si esta fuese una de aquellas flaquezas humanas que no tienen conexión alguna con la salvación, y que como tales no causan alguna pérdida; pero es muy al contrario, porque no hay otra cosa más perniciosa, ni más capaz de quitarnos para con Dios el fruto de una vida llena de los más largos y más penosos trabajos. Porque no cuesta poco el granjearse una gran reputación y conservarla; y no basta el que la naturaleza nos haya dotado de las más bellas prendas y cualidades, pues estas cualidades naturales son unos talentos que necesitan cultivarse, y si no, no producen fruto alguno; así como para que arraigue y crezca el grano en una buena tierra, aunque sea muy fértil, es menester cultivarla, porque perece sin esta diligencia y no aprovecha cosa alguna. No ignoramos los cuidados infinitos, la continua apli-

cacion al estudio, y las fatigas de un hombre que por su mérito se quiere distinguir y hacerse célebre en su profesion. Toda su atencion pone en esto: no piensa sino en su reputacion, no cuida de otra cosa que de su reputacion, ni mide sus ventajas y progresos sino por esta reputacion. Se tiene por feliz y dichoso si se aumenta y extiende por todas partes esta reputacion; pero si por algun accidente se detiene y no corre viento en popa como él quisiera, se entrega á la melancolía y á la desesperacion: como sabe que no hay cosa más delicada que la reputacion, ni cosa que con más facilidad se llegue á herir, no hay precaucion alguna que no tome para mantenerse en ella, ni esfuerzos que no haga para restablecerla, cuando empieza á disminuirse y decaer. De modo que esta reputacion es el único objeto de sus pensamientos y deseos, el único fin de sus acciones, su ídolo y aún casi su divinidad.

Nada pondero en esto, ni exagero más de lo que ello es en sí, porque no digo sino lo mismo que todos los dias vemos y notamos en todos los estados. ¿Y qué se sigue de aquí? Un gran desórden y una gran lástima: esto es, que todo lo referimos á nuestra gloria y no á la de Dios, y este es el desórden; y no refiriendo á Dios y su gloria todo lo que hacemos, es como si no hiciéramos nada en presencia de Dios; esta es la lástima y la desgracia, tanto más de lamentar, cuanto que los más santos ministerios no están exentos de uno y otro. ¿Hay cosa más frecuente en las funciones apostólicas con que nos instruyen nuestros ministros y predicadores del Evangelio, y nos enseñan á evitar el mayor contagio que tenemos que temer, que de dejarse llevar del atractivo de una gran reputacion? En el mismo acto de predicar la palabra de Dios sucede que muchísimas veces profanan lo mismo que predicán, porque no lo predicán para hacer conocer y honrar á Dios, sino para hacerse honor y darse á conocer á sí mismos. Bien puede ser que sus primeras intenciones hayan sido virtuosas y más puras, y puede ser que al principio de su mision hayan dicho como el Apóstol: *No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor* (II Cor. iv, 5.) Y penetrados de estos sentimientos y habiéndolos llevado al santo ministerio, debían perseverar en ellos; pero bien presto vino el enemigo á sembrar la cizaña en el campo del Padre de familias, no valiéndose de las tinieblas y oscuridad de la noche, sino de la gran claridad y resplandor de una nueva y brillante reputacion. Una tropa de oyentes que le siguen, su asistencia continua, su atencion, sus aclamaciones; todos los pulpitos abiertos y francos para el nuevo predicador; las honras que le hacen; las personas de distincion que le buscan para gozar de su compañía, y el favor con

que le recibe desde que se le pone delante: todo esto pone á pruebas estrañas la pureza de su celo y la rectitud de sus intenciones. Se borran insensiblemente sus primeros designios y entra en su corazon el mundo en lugar de Dios. Porque otro tanto como él agrada al mundo, por lo mismo que le agrada, comienza el mundo á agradarle á él. quiero decir, se apega al mundo, quiere ver el mundo, conversar con él, y hacerse en él agradables sociedades, y no para la santificacion del mundo, sino por su propia santificacion.

Ved aquí el grande interés que le anima y le mantiene en sus trabajosas ocupaciones. Ved aquí el gran principio que le mueve y empuña á no aliojar un punto, ni tomar algun descanso; esto le hace renovar de año en año un fervor y una emulacion siempre nueva, porque quiere acabar su carrera con la misma honra y estimacion, y teme mucho que se advierta alguna mudanza y decadencia en su reputacion. Así se le pasan los dias, se hace viejo, se acerca á la muerte, y se trata en fin de que se disponga á comparecer en el tribunal de Dios, y responder al terrible exámen en que su Majestad le pedirá cuenta de los talentos que tan liberalmente le otorgó. No se puede explicar la admiracion, el miedo y horror de que se verá poseído cuando, reflexionando sobre sí mismo, oirá en lo interior de su alma la voz de su conciencia que le dirá lo mismo que el Salvador del mundo: *Cuidado que no hagais vuestras buenas obras delante de los hombres porque las vean y admiren; porque si las hacéis con este fin, no recibiréis premio alguno de vuestro Padre celestial* (MATTH. vi, 1.) Habrá trabajado mucho; habrá tenido violentos esfuerzos de espíritu y de cuerpo; se habrá consumido en trabajar y velar; pero ¿con qué dolor y desagrado verá cumplirse en él la queja del profeta Ageo: *Recorred toda vuestra vida, haced reflexion sobre vuestra conducta, y vereis que habeis sembrado mucho, y habeis cogido muy poco* (AGEO I, 6)? Si se hubiera de juzgar de vuestras acciones por lo que muestran las apariencias y exterioridades, *hubierais juntado muchos méritos*; pero la lástima es, que habeis hecho como quien pone su tesoro en un saco roto: lo que habeis ganado por una parte lo habeis perdido por otra.

De lo dicho podemos inferir algunas consecuencias muy racionales y verdaderas; conviene á saber: que una gran reputacion es comunmente un grande impedimento para la salvacion y para la perfeccion; que en lugar de tener envidia de la reputacion de los otros, ni darles enhorabuena por eso, debemos tener compasion de ellos, y darnosla á nosotros de no estar expuestos á la misma tentacion; que el estado más envidiable, por más tranquilo y seguro, es el de un

hombre que sin ruido y sin fama sirve á Dios y al prójimo en un retiro voluntario, contento con un trabajo servil, con tal que sea útil y segun las disposiciones de la Providencia; y, por último, que no podemos imprimir bastante en nuestros corazones la gran leccion del Hijo de Dios á los setenta discípulos. Los habia enviado á predicar el Evangelio, y á la vuelta de su mision les oyó decir con algun género de gusto y complacencia, que hasta los demonios se les habian sujetado, y les dió esta admirable respuesta: *Yo he visto á Satanás caer del cielo como un rayo! Verdad es que os he dado el poder de hollar las serpientes, y abatir todas las fuerzas del enemigo, sin que nada pueda haceros daño; pero con todo eso, no conviene que os alegréis de que los espiritus se os sujeten, ni de que esto os hace ser temidos y reverenciados en la tierra; alegraos de que vuestros nombres están escritos en el cielo* (Luc. x, 18). Suspiremos por el cielo, hermanos míos; hagámoslo todo por Dios, que es el único que puede premiar bien nuestros trabajos; no busquemos una gloria perecedera, sino la que durará para siempre, y que os deseo á todos.

DIVISIONES.

REPUTACION.—Lo que más nos pone en estado de servir al prójimo es la buena reputacion.

Lo que más nos inutiliza con respecto á nuestro prójimo es la mala reputacion.

REPUTACION.—Debemos hacernos dignos de la buena reputacion que tenemos y que tal vez no merecemos.

Debemos practicar obras de piedad, contrarias á las que nos dan una mala reputacion.

Debemos conservar la buena reputacion que hemos merecido, continuando en la práctica de las virtudes que nos la han granjeado.

RESIGNACION; véase: CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS; y PACIENCIA.

RESPECTO HUMANO.

I.

Omnia veró opera sua faciunt ut videantur ab hominibus.

Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres.

(MATTH. XXIII, 5.)

La falsa devocion y el cuidado en granjearse las atenciones públicas con el ejercicio de las obras santas, no me parece que es el escollo que más deba temerse para la mayor parte de los fieles. Es verdad que puede suceder que el vicio de los fariseos tenga imitadores, pero no es este el vicio dominante en la mayor parte de los hombres. El respeto humano que hace que sirvamos á Dios por granjearnos la estimacion de los hombres, es más raro que el que nos impide servirle por temor de perderla. La tentacion más comun no es gloriarse de una virtud falsa, sino el avergonzarse de la verdadera; y el temor culpable del respeto humano condena á muchos más cristianos que la desvergüenza y la doblez de la hipocresia.

Estos dos vicios se parecen entre sí, en que ambos sacrifican la salud eterna á los vanos juicios de los hombres. Pero como entre todos los obstáculos para la conversion es el más comun y peligroso el respeto humano, y el cobarde y pecaminoso temor del mundo, importa mucho el explicar claramente en qué consista su engaño; porque en cualquiera estado que nos haya colocado la Providencia, siempre estamos unidos á cierta especie de gentes que nos rodean, á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros protectores. Este corto número de personas forma para nosotros un mundo aparte; tememos sus juicios, y sacrificamos á su gusto aún nuestros deseos de virtud, si por ponerlos en ejecucion hemos de merecer sus burlas y censuras. Digo, pues, que esta disposicion encierra primeramente un desprecio de Dios, que la hace muy culpable; en segundo lugar, un temor del mundo, que la hace muy insensata; y finalmente, una preocupacion contra la virtud, que la hace muy injusta: un desprecio de Dios, que la